

# LA RUTA DE SU EVASION

Alfonso Chase

Qué decir sobre Yolanda Oreamuno, sobre su obra, sobre su vida, sobre su aventura diaria y sobre su terror frente a la hoja en blanco, ante las silabas temblorosas que poco a poco fueron conformando su trayectoria, que fueron construyendo sus recuerdos y agonías, y que luego fueron su obra total.

Referirme a su belleza física, que tanto preocupó y absorbió a sus contemporáneos, es, a estas horas, superfluo.

Lo único de Yolanda que permanece es su obra. Aquí tenemos la novela "La Ruta de su Evasión", editada veinte años después de que se perdiera en la fábula de una edición fantasma, de un libro del que todos hablan y nadie había leído.

Aquí está su libro. Yolanda Oreamuno. Ud. que se volvió guatemalteca, en un gesto muy costarricense, cuando aburrida de alzar su voz y desplegar su pensamiento, sólo encontró, en Costa Rica, el eco de sus propias palabras. Aquí está su libro editado por obreros costarricenses y recibido con cariño por la juventud de Costa Rica, que Ud. no conoció, pero que hoy le testimonia, veinte años después, un homenaje especial, aunque esta juventud nunca oyera su voz o admirara su belleza o la odiara o amara como le pasó a sus contemporáneos.

Aquí está su libro como un testimonio de algo palpable. De una realidad significativa que hoy brindamos a los lectores de América Central con el pensamiento medular de su novelística, con todas esas angustias y esas muertes que están presentes en su obra.

Yolanda Oreamuno, Ud. es para muchos jóvenes costarricenses un símbolo y una bandera. Quizá nunca pensó que, a pesar suyo, su obra iba a estar inscrita en la trayectoria literaria costarricense con mayor fuerza y calidad que la de muchos de sus compañeros.

Muchas veces nos hemos perdido por las callejuelas de San José, de Guatemala, de México seguidos de su sombra tenue, que Ud. un día perdió, en medio de las muertes continuas que la agobiaban.

Hemos estado en el mismo cuarto que Ud. vivía. Allí donde se murió asistida, en medio de la pobreza y la angustia más espantosas, por esa mujer admirable que es Eunice Odio y con sus amigos mexicanos hemos estado en el cementerio de San Jacinto, donde un solitario número daba razón de su paso por la tierra.

Hemos aprendido de Ud. la arrogancia para mirar alto y la valentía para enfrentarnos con nuestra obra a la vida, por sabernos que mientras Ud. moría, taria y ajena a su país, los escritoresiales, de todos los partidos, engordaban a costas del erario público y sus obras acogidas por algo llamado crítica; con la síntesis de la perfección.

Pero Ud. no se vendió, no luchó por el logio amigo, por el puestito enajenante de limosna del pariente rico.

Ud. hizo sus obras con la conciencia propia, aceptándose con todos sus defectos, amada y odiada, incomprendida pero consciente de que parte de toda la proble-

mática de su vida y su obra estaba en lo más recóndito de su espíritu.

Pero Ud. se salvó porque se adentró en el terreno de su fantasía. Porque supo encontrar el realismo allí donde otros encontraban el tedio y extrajo de la más recóndita y humana miseria de nuestra sociedad, esta novela que hoy tenemos el honor de saludar, veinticinco años después de haber sido escrita. Esa novela que Ud. maduró en medio de las crisis personales más duras y que hoy contemplamos con fría precisión, con científica objetividad, para incorporarla a la trayectoria novelística de nuestra América.

La Ruta de su Evasión nos es más que la ruta de su propia construcción, Yolanda Oreamuno, porque con retazos de agonía fueron escritos esos capítulos desbordantes y extraños.

Ud. que describió la angustia cuando nuestros escritores habían prohibido angustiarse y Costa Rica moría en medio de la propaganda turística y las tarjetas postales y las estampitas literarias bananeras copiadas en otras latitudes y la belleza ridícula de nuestras carretas pintadas.

Para saber que sus sueños eran más grandes que su propia realidad sólo nos basta saber que sus libros se bastan a sí mismos, ajenos a su propia autora y se construyen por obra y gracia de sus méritos y en medio de la soledad que hoy nos produce su ausencia física.

Cuando las personas a quienes Ud. entregó su amor, su cariño y su dedicación dijeron que Ud. era mediocre, que su obra no se entendía, que su razón no calzaba con la realidad, estaban equivocados, pero no ciegos para con el tiempo, pues hoy han admitido que su obra tenía méritos.

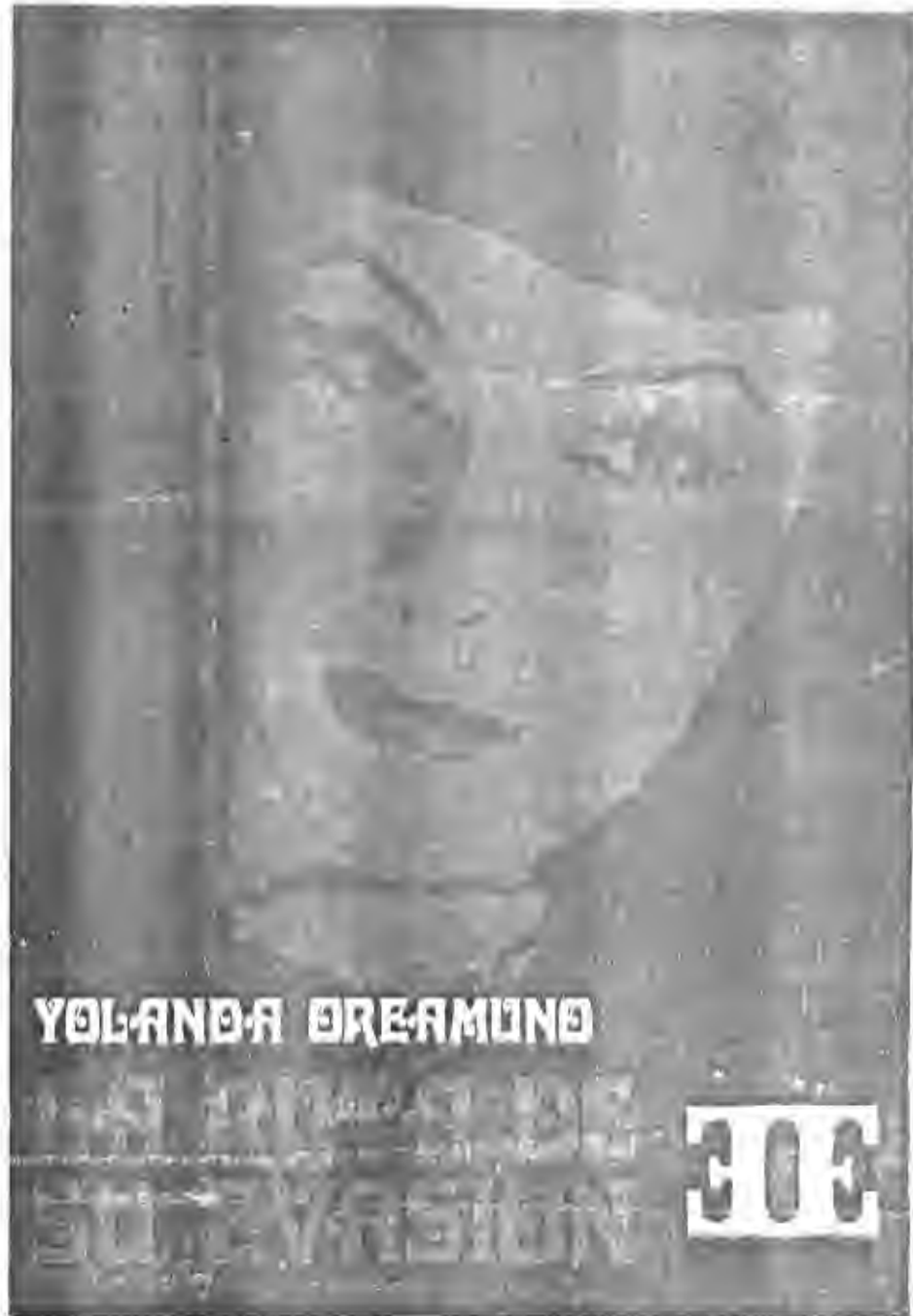
¡Como si a Ud. y a nosotros nos importaran estos reconocimientos tardíos y estos homenajes circunstanciales y ampulosos!

Su obra está aquí esta tarde y la entregamos al pueblo de Costa Rica como el testimonio de su vida y su extraordinaria obra literaria.

Analizarla le corresponde al tiempo, al pueblo, a la juventud, porque Yolanda, Ud. bien lo sabe, en medio de muchos rostros circunspectos que hoy contemplan la entrega de este libro, hay muchos de los que en otro tiempo la infamaron y negaron y porqué no decirlo, están también aquellos a quienes Ud. amó y ellos le entregaron el tesoro de su amistad y admiración.

Gracias debemos darle los jóvenes de Costa Rica a Lilia Ramos por haber descubierto para nosotros su obra y a Sergio Ramírez por haber rescatado su obra del olvido y la indiferencia en que la tenía editorial costarricense.

Si Ud. dijo que el cuerpo y el rostro eran sólo un hueco para llenar defantasias yo le digo, y me digo, que su palabra frente al porvenir de la literatura centroamericana se planta esta tarde con toda la fuerza con que Ud. lo hacía y establece esos retos que a Ud. tanto le gustaban y ese estar en la vida para las derrotas y las glorias y las muertes cotidianas y porque



aunque Ud. no lo quería sigue siendo tan costarricense como nosotros, en ese sentido tan duro y triste y con tanto resentimiento como podemos los jóvenes ver a nuestra patria, pero que es una garantía de que en algún futuro, pueda Ud. recibir los frutos de sus enseñanzas sobre nosotros, Yolanda Oreamuno, fabricante de laberintos y de sueños, de palabras terribles y frases extrañas, madre esplendorosa de una nueva literatura y un nuevo reto a nuestra hipocresía aldeana, porque aunque no lo quieran los profesores, los

eruditos, los embalsamadores de nuestra historia literaria, su obra está aquí, nueva y solitaria, recobrada ya para siempre en Costa Rica, limpia y cuidada por manos amigas, como una de esas tardes de lluvia en San José, en que nada pasa y sin embargo, en los espíritus y las conciencias se van construyendo, de seguro, muchas rutas de evasión, mientras nos realizamos en la soledad de nuestros cuartos y nuestras agonías, como un triunfo para su obra y un rescate para nuestros testimonios futuros.